

CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Éxodo 24, 3-8): *Esta es la sangre de la alianza.*

Salmo (115, 12-13.15 y 16bc.17-18): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad»*

2ª lectura (Hebreos 9, 11-15): *Cristo ha venido como sumo sacerdote.*

Evangelio (Marcos 14, 12-16.22-26): *Tomad, esto es mi cuerpo.*

La festividad del Corpus Christi tiene su origen en Holanda en 1208 y tenía por objeto venerar la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas, y así se perpetúa hasta nuestros días.

Para vivir hoy, con autenticidad esta festividad, tenemos que tomar conciencia de lo que significa y, darnos cuenta de que el Cristo que está presente en el pan y el vino es el Jesús que tuvo que nacer en un establo, el perseguido por la ambición y crueldad de un rey déspota, que no tiene ningún problema en asesinar inocentes; es el Jesús pobre, hijo del carpintero de Nazaret y el Jesús sufriente de la Pasión; es el Jesús muerto en cruz del Gólgota, y, en fin, el Cristo resucitado que permanece con nosotros hasta el final de los tiempos.

*Que cuando el Señor instituye la Eucaristía, Alianza de la nueva Pascua, establece también el código de esta nueva Alianza: «**amaos los unos a los otros como yo os he amado**». Pan partido y compartido para crear fraternal comunidad y para constituirnos en Pueblo de Dios, unido por vínculos de amor,*

Entonces, si hacemos que la Eucaristía sea pan partido y compartido con todos los hermanos tendremos que partir y compartir el pan material con todos los que carecen de lo más necesario; partir y compartir el pan del alimento, pero también el pan de la dignidad humana, pisoteada muchas veces por el egoísmo y la injusticia. Por lo que debemos tener claro que partir y compartir el pan Eucarístico implica el compromiso de luchar contra la pobreza y trabajar por la justicia.

Hay dos fiestas eucarísticas por excelencia: el Jueves Santo, donde conmemoramos la institución de la Eucaristía, y la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo (el Corpus Christi) que hoy celebramos. En esta fiesta veneramos la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas y reflexionamos y contemplamos el **«misterio de nuestra fe»** y, lo hacemos a la luz de la Palabra de Dios que se proclama en la liturgia de hoy.

En la primera lectura nos presenta a Moisés que, al bajar de la montaña sagrada, transmite al pueblo las palabras de Yahvé y el pueblo responde: **«Haremos todo lo que manda el Señor y le obedeceremos»**. Es la Alianza que establece Dios con su pueblo, Dios se compromete a ser el Dios del pueblo, y el pueblo reconoce su soberanía y acepta su voluntad; este es el núcleo de la Alianza, esta queda sellada cuando Moisés pone por escrito las palabras de Yahvé y manda hacer un **«sacrificio de comunión»**; estableciendo un vínculo de comunión entre Dios y los hombres, por un lado y, por otra parte, el comer la carne del sacrificio establece el vínculo de comunión fraterna entre los hombres, vínculo sellado con el signo de rociar al pueblo con la sangre del animal.

En este marco pascual, Jesús celebra con sus discípulos la cena de la Pascua, pero ya no es el sacrificio de comunión establecido por Moisés lo que celebra, sino la inmolación del único **«Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»**.

El pan partido es el cuerpo entregado, la sangre derramada es el sello de la nueva Alianza. Comer el Pan es participar del cuerpo de Cristo y establecer vínculos de comunión entre los discípulos de Cristo, así lo expresaba un antiguo escrito cristiano: **«Como este pan fue repartido sobre los montes, y, recogido, se hizo uno, así sea recogida tu Iglesia desde los límites de la tierra en tu Reino porque tuya es la gloria y el poder, por Jesucristo, en los siglos»**.

Beber la sangre es participar en la Alianza nueva, sellada con la sangre del Cordero de Dios, como Pueblo de Dios. Por ello podemos afirmar que nos constituimos como Iglesia, como Pueblo de Dios de la nueva Alianza, al participar de la Eucaristía: es la Eucaristía la que hace la Iglesia. Participar de la Eucaristía es, pues, participar de un Misterio de comunión.

Contemplar hoy, la Eucaristía, recordar el cuerpo entregado y la sangre derramada es tomar conciencia de la entrega total y absoluta de Cristo por nosotros, una entrega motivada únicamente por amor; por eso la Eucaristía nos lleva a sentirnos amados por Dios, y esto nos debe llevar a amarnos los unos a los otros; pero este amor tiene que ser un amor efectivo que implica también la entrega de todos nosotros por nuestros hermanos más pobres y necesitados.

Tenemos que comprometernos a actuar en una sociedad, donde, como nos dijo el papa Francisco: **«grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar»**. Y esto, el cristiano que contempla y se alimenta de la Eucaristía no puede consentirlo, por eso la Iglesia celebra hoy la **“Jornada de Caritas”** y nos llama a hacer un esfuerzo de solidaridad y generosidad para intentar cambiar esta sociedad. Contemplando al Cristo entregado por amor a nosotros. **¿Cuál será nuestra respuesta?**